

á la corte imperial el pago de los subsidios atrasados, y Flemming pudo presentarse en Polonia como agitador electoral provisto de recursos en abundancia (1) y tuvo la ventaja de aparecer en el teatro de la lucha con grandes cantidades, cuando de los demás pretendientes unos se habían retirado, otros habían agotado sus medios y otros los reservaban para el momento decisivo, «*pro ultima siti*»

Si los agentes electorales sajones consiguieron por estos medios atraerse á muchos de los mismos magnates hasta entonces adictos á la candidatura francesa de Conti, también contribuyó poderosamente al éxito conseguido la enérgica demostración militar con que Federico Augusto no vaciló en ejercer presión en las elecciones. Esta demostración consistió en concentrar en Lusacia 8,000 hombres, la mayor parte de su ejército, y en tenerlos allí dispuestos á penetrar en un momento dado en Polonia. Con ello probaba ser el pretendiente que tenía en el lugar de la lucha no solo dinero, sino soldados, que no tenían allí los demás; y aunque los polacos eran poco amigos de ver tropas extranjeras en su territorio, para el caso de una elección discorde, aquel apoyo había de envalentonar mucho á los partidarios de la candidatura sajona, al paso que el pretendiente francés Conti no se había aun dejado ver personalmente ni había aparecido tampoco la escuadra francesa prometida.

No es de nuestra incumbencia describir la agitación de aquellos dos días de elecciones (26 y 27 de junio de 1697). Después de un año de pretender, de sobornar y de intrigar, en el último momento todavía el resultado se presentaba dudoso: la superioridad numérica fué hasta el último instante para el partido de Conti, pero precisamente en los posteriores días la dirección del partido sajón operó con extraordinaria eficacia y consiguió que á su campo se pasaran muchos electores. El nuncio pontificio, con habilidad suma, lanzó en lo más reñido de la discusión la noticia de la conversión del elector al catolicismo, pero aun fué de más beneficiosas consecuencias el hecho de que Flemming recibiera á última hora (en la noche del 26 de junio) una nueva partida de 40,000 thalers que en seguida fueron distribuidos, cuando Chateaufort había agotado ya sus recursos metálicos.

Una elección unánime era imposible. En el momento supremo volvió á sonar con insistencia el nombre del margrave Luis Guillermo de Baden, y los que lo pronunciaron debieron de recordar sin duda que muchas veces entre dos adversarios cuyas fuerzas están equilibradas logra inesperadamente el triunfo un tercero en discordia que se aprovecha de la confusión de aquellos instantes. Mas esta vez no sucedió así. En la noche del 27 de junio, el jefe del partido francés, el cardenal primado de Polonia Miguel Radziejowski, á fin de evitar nuevas deserciones resolvióse á obrar, y cabalgando entre las masas reunidas y proclamando en alta voz al príncipe Conti como rey elegido, abandonó con sus partidarios el campo de la elección y se encaminó hácia la catedral para hacer cantar el *Te Deum* que, según era tradición en Polonia, debía haberse entonado en el sitio mismo donde la elección se había verificado. Pero ya no tenía entonces verdadera mayoría, pues una parte de los suyos se había

(1) Esto no obstante, no hay que creer exageradas las sumas que por el momento se emplearon: Helbig, en la obra citada, pág. 406, tomándolo de los libros de contabilidad de Flemming, dice que éste gastó en viajes, representación y organización del partido, hasta consumada la elección, 105,000 florines. Esta suma no representa naturalmente sino una parte de los gastos electorales, pues otras cantidades debieron de ser distribuidas por otras manos, y además fuera de las entregas en metálico se hicieron grandes pagos en bonos. Una parte considerable de partidarios fueron conquistados con promesas de empleos y beneficios, sistema que también practicaron los demás partidos.

dispersado. El partido sajón quedó dueño del campo, y su jefe, el obispo Estanislao Dombiski de Cuyavia, á poco de haberse retirado el partido contrario abrió de nuevo la elección en la forma prescrita, es decir, pidiendo tres veces los votos; el resultado unánime de la votación fué consagrado por el solemne *Te Deum* que se cantó en el campo de Wola, y el elector Federico Augusto de Sajonia fué aclamado como rey de Polonia legítimamente elegido.

El resultado, pues, había sido una doble elección, y en tales casos sabido es cuánta fuerza tiene la actitud resuelta del interesado. Federico Augusto llegó inmediatamente al lugar de la lucha, presentándose en Polonia al frente de sus tropas, jurando por medio de su representante Flemming la capitulación electoral de los *Pacta conventa*, que contenía las más brillantes promesas, fijando su residencia en Cracovia, ciudad en donde se celebraban las coronaciones, en medio de su partido cada día más numeroso, y siendo solemnemente coronado entre espléndidos festejos por el obispo de Cuyavia. El partido francés, que contaba con grandes fuerzas, se mantuvo firme y en una contradicción que celebró en Varsovia proclamó con toda solemnidad al príncipe Conti rey legítimamente elegido y declaró la guerra al elector Federico Augusto como enemigo de la patria. Pero á este partido faltábale el rey, y cuando por fin se presentó á últimos de setiembre el príncipe Conti en la rada de Danzig con una pequeña escuadra francesa, era ya un rey sin ejército.

La ciudad de Danzig le cerró las puertas; la proyectada insurrección de toda la nobleza adicta á Francia, en la que confiaba el príncipe, fracasó de una manera lamentable, y cuando á principios de noviembre Federico Augusto, después de una rápida marcha á caballo desde Cracovia á Danzig, se presentó con algunos millares de jinetes sajones en Oliva, donde estaba anclada la escuadra francesa, el pretendiente francés comprendió que había llegado el momento de retirarse, y sin haber pisado siquiera el territorio de sus esperanzas se alejó de las para él inhospitalarias playas del Báltico entre la rechifla del mundo entero.

La victoria de la monarquía sajona de Polonia quedaba con esto consolidada, pues los últimos adversarios no tardaron mucho en hacer las paces con su nuevo soberano, á quien procuraron vender lo más cara posible su obediencia.

Esta derrota sufrida por la Francia en sus pretensiones á la corona de Polonia es un eslabón importante en la cadena de éxitos y fracasos que constituye la política francesa de aquellos años: la entronización del príncipe Conti hubiera realzado extraordinariamente el poderío que ejercía en Europa Luis XIV; en cambio con ella hubieran surgido nuevas y peligrosas combinaciones políticas para el Austria y para el Imperio, teniendo como habrían tenido á la espalda y en el flanco un rey Borbon, y hubiera sido seguramente muy otro del que fué el curso de la guerra de sucesión en España.

El monarca francés se había visto arrebatado la victoria que tenía segura por la conducta audaz de un príncipe alemán. Federico Augusto de Sajonia no es de los príncipes de más valía de su siglo, y la unión del electorado alemán con Polonia no trajo más que infinitas desventuras sobre ambos países; pero, en el momento de triunfar, su éxito pudo ser considerado de gran importancia y provechoso á los intereses alemanes. Ciertamente que los tiempos que siguieron fueron desastrosos, pero ¿quién puede medir la magnitud de las calamidades que habrían caído sobre Alemania de haber resultado en aquella lucha electoral vencedores los franceses?

El mundo católico pudo celebrar aquel suceso como un brillante triunfo, pues de todas las conversiones de príncipes de aquella época la más inesperada era la del elector de Sa-

jonía, jefe de los protestantes alemanes, que produjo vivísima emoción en los dos bandos religiosos. La conversión de Federico Augusto había contribuido no poco en Viena á que la corte imperial se inclinara tan rápidamente á favorecer su candidatura al trono de Polonia, y en Roma el papa Inocencio XII mandó festejar el acontecimiento con salvas en el castillo de Santángelo y con el cántico ambrosiano en las

iglesias. En cambio en Dresde, cuando se celebraron los oficios divinos en acción de gracias por haber sido concedida á su soberano la corona polaca, el pueblo entonó el canto de Lutero: «¡Nuestro Dios es una firme fortaleza!»

La marcha de los sucesos no llenó las esperanzas del uno ni justificó los temores del otro partido religioso; con el electorado de Sajonia no sucedió lo que con el Palatinado electoral.



Eugenio de Saboya

El príncipe Eugenio de Saboya. Facsímile reducido de un grabado anónimo de la época

La guerra contra los turcos tocaba á su glorioso fin (1). Durante los últimos años, desde el llamamiento del margrave de Baden, las armas imperiales no habían hecho en el teatro de la guerra de Hungría ningún progreso y en cambio habían sufrido varios fracasos. Las dos campañas de 1695 y 1696, durante las cuales ejerció el mando supremo Federico

Augusto de Sajonia, habían sido bastante desgraciadas, habiendo contribuido á ello, además de la mala dirección que quebrantó la confianza de las tropas, la falta de dinero con que pagar al ejército y las deficiencias de la administración, produciéndose con este motivo varios motines y agitación de nuevo en los pueblos de la alta Hungría la antigua insurrección nacional que hacía años había quedado sofocada. La ineptitud del elector era evidente; pero en Viena creían que no se le debía agraviar porque no podía prescindirse en Hungría del ejército sajón de 8,000 hombres. Como el elector había de seguir ejerciendo el mando supremo en la campaña de 1697, el gobierno austriaco decidió poner por lo menos á su lado á

(1) Véanse las obras de Arnetz: *Vida del feldmariscal del Imperio el conde Guido de Starhemberg* (Viena, 1853), pág. 181, y *El príncipe Eugenio de Saboya* (Viena, 1858), tomo I, pág. 93; *Campañas del príncipe Eugenio de Saboya*, publicadas... por la sección de historia militar del Archivo imperial de la Guerra (Viena, 1876), tomo III, dirigido por Angeli.

un segundo jefe verdaderamente apto, recayendo la elección, por consejo de Luis Guillermo de Baden y del presidente del Consejo Supremo de la Guerra, Rudiger de Starhemberg, en el más joven de los generales del emperador, en el príncipe Eugenio de Saboya que solo contaba treinta y dos años. «No hay otro — decía Starhemberg — que posea en tan alto grado como el príncipe talento, experiencia, aplicación, celo por el servicio del emperador, carácter generoso y desinteresado y amor y práctica en las cosas de la milicia.» Cuando el elector Federico Augusto, solicitado por las cuestiones de Polonia que dejamos referidas, renunció al mando que le estaba confiado, convino prontamente en que solo podía sustituirle Eugenio, el cual en el verano de 1697 se hizo cargo del mando supremo en Hungría. El gobierno de Viena, después de los fracasos de los últimos años y dada la escasez de recursos de que se disponía, opinaba que debía adoptarse una defensiva prudente: «debe procederse con mucha cautela — escribía el emperador — y no empeñar ninguna acción sin probabilidades de buen éxito.»

El príncipe Eugenio, que por vez primera se veía al frente de un ejército sin estar a las órdenes de nadie, justificó de una manera brillante la confianza que en él había depositado el emperador y el júbilo con que el ejército saludó su nombramiento. Con la campaña de 1697 comienza el verdadero desenvolvimiento de su genio militar.

Reorganizar el ejército, restablecer la disciplina y la confianza de las tropas, poner en orden el sistema de aprovisionamientos y sofocar la sublevación en la alta Hungría, tales fueron los problemas que tuvo que resolver el joven general, no sin tener que vencer para ello grandes dificultades. Todos los resolvió con rapidez pasmosa mientras hacía los preparativos para la campaña.

Las fuerzas de que allí se disponía no parecían suficientes para intentar una acción de verdadera importancia, como por ejemplo el sitio de Belgrado. Los turcos, mandados por el sultán Mustafá II en persona, emprendieron desde aquella capital la ofensiva antes de que Eugenio hubiese podido reunir todas sus tropas, de las cuales un cuerpo, a las órdenes del conde de Vaudemont, había sido enviado a la alta Hungría para sofocar la insurrección que allí había estallado, y otro, conducido por el conde Bussy Rabutin, se encontraba en Transilvania. El de Saboya apresuró a ordenar que todos estos cuerpos se unieran lo antes posible al grueso de su ejército. Proponíase el sultán sitiar a Peterwardein; pero hubo de desistir de esta empresa en vista de la amenazadora posición estratégica que ocuparon los imperiales. Cambiaron entonces los turcos de plan, y pasando a la orilla derecha del Theiss marcharon siguiendo el curso del río hacia Szegedin con el intento de apoderarse de esta ciudad, débilmente defendida, y desde allí penetrar en Transilvania abandonada por los imperiales casi por completo.

Apenas conocidos estos propósitos, marchó precipitadamente Eugenio con todas sus tropas en persecución del enemigo con objeto de frustrar tan peligrosa expedición; y cuando el sultán supo que el ejército imperial iba sobre sus huellas, renunció a la empresa proyectada contra Szegedin y resolvió atravesar el Theiss por otro punto situado a pocas millas de esta plaza para desde allí invadir la Transilvania. El ejército turco hizo alto en Zenta, construyó un puente sobre el río, devastó el país en una gran extensión enviando para ello destacamentos de caballería, y levantó un campamento perfectamente fortificado para proteger el paso paulatino del ejército.

Pero allí precisamente decidió el príncipe Eugenio dar el ataque: era preciso evitar a toda costa que el enemigo entrara en Transilvania y no abandonarle este territorio con tanto

esfuerzo conquistado, y a este fin siguieron los imperiales a marchas forzadas al ejército turco. El día 11 de setiembre de 1697 todo el ejército imperial se encontraba delante de las fortificaciones turcas de Zenta. El sultán Mustafá, con una parte de la caballería, había pasado ya el Theiss y desde la opuesta orilla contempló la lucha allí entablada que tan funesta fué para los suyos (1).

Hacia la tarde comenzó la batalla: las cargas de la caballería turca no consiguieron contener el avance del ejército imperial y muy pronto todo el campamento turco, que formando semicírculo se apoyaba en el Theiss y protegía el puente, quedó cercado por los imperiales que marchaban en perfecto orden de combate. Las fortificaciones que había que asaltar eran sólidas y estaban bien situadas y provistas de numerosas fuerzas de artillería, consistiendo en altas murallas con sus correspondientes fosos y reductos, algunos de ellos no concluidos, y detrás de éstos sólidas empalizadas y una espesa barricada de carros. La mayor parte del ejército turco se encontraba todavía en aquella orilla.

El ejército cristiano comenzó el ataque casi simultáneamente por todos lados: la defensa fué vigorosa y las pérdidas de los imperiales considerables. Pero casi al mismo tiempo, al ataque de frente siguió otro por la espalda que nadie esperaba: el príncipe Eugenio había observado que junto al campamento turco había un banco de arena, como de unos cuarenta pasos de largo, en el cual el Theiss quedaba en seco, y que la caballería turca había pasado por él para retirarse al campamento, y resolvió caer por la espalda sobre el enemigo por el mismo camino, ordenando al conde Guido de Starhemberg, que mandaba el ala izquierda, que por aquel banco de arena se abriera paso para llegar al campamento. El éxito mas completo coronó aquel plan: mientras Starhemberg penetraba por la parte del Theiss en el campamento turco, renovóse con todo vigor el ataque de frente; los imperiales se apoderaron de las empalizadas y de la barricada de carros, y los turcos se vieron puestos de repente entre los dos fuegos de las columnas de ataque. Los efectos de este movimiento fueron terribles, y tras una corta resistencia que intentaron los genizaros, el ejército del sultán huyó a la desbandada. Comenzó entonces una matanza espantosa; los imperiales no dieron cuartel a nadie, ni siquiera a los que ofrecían un gran rescate, y fueron muertos en aquella carnicería muchos bajás y otros altos dignatarios, entre ellos el gran visir. En 20,000 se estimó el número de los muertos; pero no fué esto solo, sino que las numerosas masas que buscaron su salvación en la fuga dirigieron al puente, y encontrándolo ocupado por Starhemberg no tuvieron mas recurso que arrojar al Theiss. Muchos miles de turcos se precipitaron desde las escarpadas orillas en la corriente con el propósito de salir a nado a la otra orilla, pero muy pocos fueron los que lograron llegar a ella, elevándose a unos 10,000 el número de los que en el río hallaron su muerte. El sultán Mustafá, que presa de la mayor desesperación había presenciado desde la otra orilla la destrucción de su ejército, huyó con los escasos restos que habían podido salvarse hacia Temesvar, y desde allí corrió a refugiarse detrás de los muros de Belgrado. Los vencedores encontraron en el campamento por él abandonado un botín mayor del que nunca se había conquistado: en cuanto a las pérdidas por ellos sufridas fueron, según datos oficiales, 289 muertos y 1,200 heridos.

La victoria de Zenta probaba que con el nuevo general el ejército imperial había recobrado toda su antigua fuerza. De las tropas del Imperio habíase distinguido especialmente los

(1) El plano de la batalla puede verse en Arneth: *El príncipe Eugenio*, tomo I, pág. 102.

sajones y los brandeburgueses, no pudiendo darse mayor elogio que el que consignó el príncipe Eugenio en el parte de la batalla: «Hay algunos que han tenido ocasión de distinguirse, pero entre todos los soldados no ha habido uno solo que se haya limitado a cumplir simplemente con su deber.»

Por el momento no había otro ejército turco pronto a entrar en campaña, y sólo en la primavera pudo el sultán reunir uno en Belgrado. Estando la estación demasiado adelantada para emprender un sitio de importancia, de Temesvar a Belgrado por ejemplo, el príncipe Eugenio terminó la campaña con una expedición a Bosnia, interesantísima desde el punto de vista militar. Al frente de un pequeño cuerpo de tropas escogidas salió de Essex, pasó el Save, penetró en el agreste territorio montañoso, y después de muchos combates insignificantes llegó a Serayevo, y la incendió y destruyó por completo: el mejor botín que obtuvo de aquella expedición fueron los muchos miles de cristianos que se le unieron y se establecieron en Hungría.

Muy a la ligera trataremos de los preparativos para la nueva campaña de 1698. Las fuerzas de uno y otro campo estaban poco menos que extenuadas: el emperador, terminada ya la guerra francesa, hubiera podido perfectamente enviar a Hungría tropas de fresco tomándolas de sus ejércitos del Rin, con lo cual habría adquirido nuevo vigor aquella lucha, y el príncipe Eugenio, por su parte, exigía que se emprendiera la toma de Belgrado a la que seguiría naturalmente la de Temesvar, la última gran plaza fuerte turca en Hungría, pudiendo entonces firmarse la paz en condiciones ventajosas. Pero todo intento de grandes armamentos hubo de ceder ante el espantoso vacío de las cajas imperiales. También en Constantinopla estaban cansados de la guerra: la derrota de Zenta había causado profundo desaliento en el ejército y en el diván. Además el emperador se veía libre de los cuidados de la guerra con Francia; el antiguo general del Imperio en Hungría, Federico Augusto de Sajonia, estaba sentado en el trono de Polonia; los venecianos mostrábase resueltos a proseguir la guerra con gran energía y renovaban su alianza con el emperador; el czar Pedro de Rusia meditaba grandes preparativos navales en el mar Negro, y en Constantinopla quizás no ignoraban que los hospodares de Moldavia y Valaquia, dispuestos a sacudir el yugo de la Puerta, mantenían secretas negociaciones con la corte de Moscovia y que el soberano ruso proyectaba una campaña en los principados danubianos donde debía estallar la insurrección (1). La Puerta, viéndose enfrente de este cúmulo de peligros, comprendió que era tiempo de pensar en la paz, aun cuando esta solo pudiera obtenerse a costa de grandes sacrificios.

Otros intereses importantes aconsejaban también la terminación de la guerra de Oriente. La cuestión de la sucesión española llamaba cada vez mas la atención de los gabinetes, y por tanto el de Viena deseaba tener completa libertad de acción y disfrutar de algún reposo antes de que estallara la nueva gran tempestad. Federico III, por su parte, que con su intervención en la paz de Ryswick no se había hecho acreedor a la gratitud del emperador, quiso a la sazón obtenerla interponiendo energicamente, como mediador de la paz, toda la autoridad de las potencias marítimas, Inglaterra y Holanda, en favor de la corte imperial.

Mientras la guerra proseguía, sin éxitos de importancia, hasta el otoño de 1698, reunióse en el mes de octubre el congreso de la paz en Karlowitz, pequeña aldea situada entre Belgrado y Peterwardein. Los negociadores turcos tenían que habérselas con los embajadores imperiales, polacos, rusos y venecianos, un inglés y un holandés como mediadores.

(1) Bruckner: *Pedro el Grande*, pág. 345.

Largos fueron los debates, pues la dificultades que había que vencer eran muchas (2), de suerte que hasta el 26 de enero de 1699 no se firmó la paz de Karlowitz.

Las condiciones que para ella impuso el emperador eran para éste un brillante triunfo: el precio de la victoria fueron la mayor parte de Hungría, incluso el territorio comprendido entre el Danubio y el Theiss (la Backsa), toda la Transilvania, y Eslavonia, a excepción de un pequeño distrito confinante con Belgrado. Los turcos, a pesar de todos sus esfuerzos, solo conservaron a Temesvar y el Banato: la fortaleza de Arad, recientemente construida por el príncipe Eugenio, debía servir de medio de defensa contra este último baluarte turco en Hungría. El sultán se obligó a demoler todas las fortificaciones del Banato, a excepción de Temesvar, y a no prestar el menor apoyo a los descontentos húngaros. El antiguo jefe de los kuruzes, Tekely, fué expulsado de su patria é internado por el sultán en una pequeña población del Asia Menor (3).

Así terminó aquella guerra contra Turquía. Cuando en 1683 hallábase los turcos delante de Viena, habíase visto seriamente comprometida la existencia de la monarquía de los Habsburgos, nuevo Estado que se había formado durante los quince años de lucha que siguieron a la batalla de Kalemberg y que había llegado a ser una verdadera potencia de primer orden. En medio de sus guerras contra los otomanos, que eran la potencia militar de Oriente, habíase atravesado en su camino la Francia de Luis XIV; pero Austria se atrevió a emprender la doble guerra y supo hacer frente al monarca francés. Las pérdidas experimentadas en Occidente afectaron más al Imperio que al Estado de los Habsburgos alemanes, y en cambio éstos adquirieron en Oriente un reino que llevaba en sí el germen de un poder incalculable. Los tratados de paz de Ryswick y Karlowitz significaban para el Estado austriaco, aunque extenuado por sus inmensos esfuerzos, un aumento de poder y de consideración que le hacía aparecer capaz de las mayores empresas: la lucha por la herencia de los Habsburgos españoles se acercaba.

## CAPITULO VI

### LA CORONA REAL DE PRUSIA

Al llegar a este punto forzoso es tratar de los importantes cambios ocurridos en la casa y en el Estado de Brandeburgo en los últimos años del siglo XVII.

Difícil era la misión del sucesor del gran Elector: diez y siete años contaba el hijo segundo de éste (nacido en 1657), Federico III, cuando por muerte de su hermano mayor, Carlos Emilio, que pereció en la campaña de Alsacia, quedó indicado para suceder a su padre en el electorado, cargo en cuyo desempeño entró cuando tenía cumplidos treinta y uno.

La naturaleza de hierro del padre no revivía en el hijo: era éste de un metal más blando, flexible y dúctil en sus juveniles años y extraordinariamente afecto a su severo profesor Eberhardo de Danckelmann, bajo cuya dirección hizo provechosos estudios. Sin embargo, desde muy joven hubo

(2) Véase la descripción del congreso y de sus diplomáticos en la relación del embajador veneciano Carlos Ruzini, que inserta Fiedler en sus *Relaciones*, tomo II, pág. 345.

(3) De las demás potencias beligerantes, Polonia recuperó la fortaleza de Kaminiar y todo cuanto los turcos habían conquistado durante las últimas décadas en Ucrania y en Podolia; la república de Venecia obtuvo el engrandecimiento de sus dominios en Dalmacia y la cesión del conquistado *Regno della Morea*, y el czar Pedro de Rusia, que no entró en la paz general, aseguróse la posesión de Azoff y firmó un armisticio por dos años.